

## DEFENSA DE LA LECTURA

# El lector como explorador

por Felicidad Orquín\*

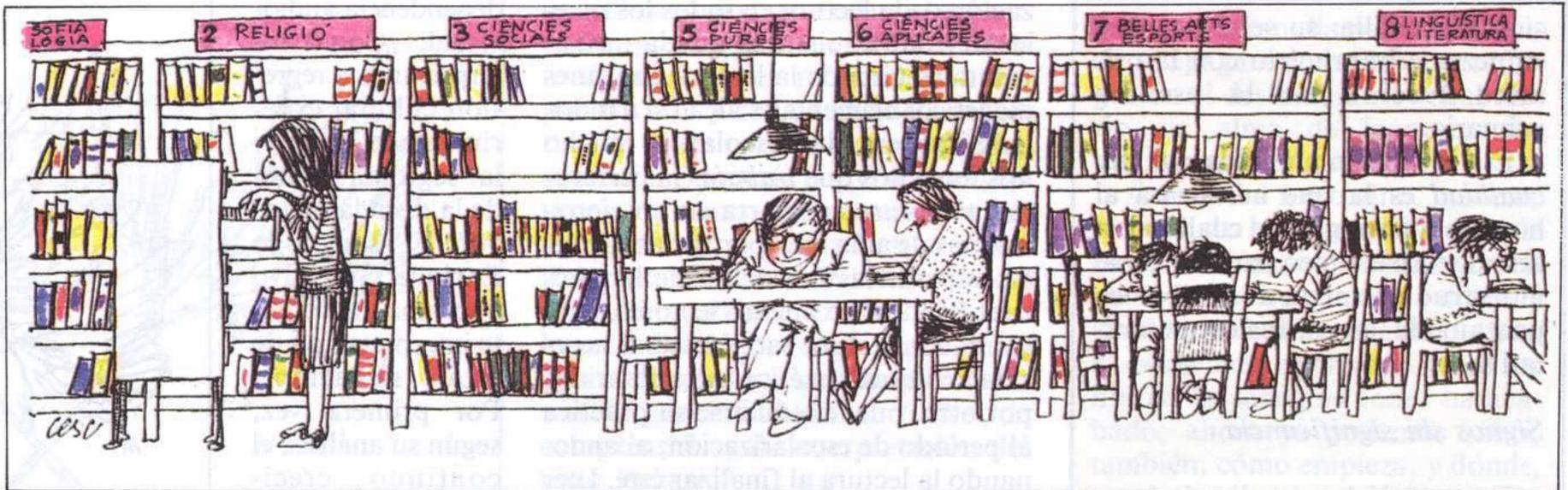
**18ª FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA**



**Passeig de Gràcia**  
27 maig / 5 juny 1994

cesc

*Llegar a ser lector es un aprendizaje que comienza o debería iniciarse en la infancia, aunque no únicamente, y en el espacio privado de la familia. Este aprendizaje, según la autora, debe ser siempre placentero y, en este sentido, obligar a leer, como se suele hacer en la escuela, puede resultar una torpeza de «incalculable alcance». Sobre estos aspectos y acerca de la valoración del acto de leer trata el siguiente artículo.*



«La literatura es una de las posibilidades de la felicidad humana, hacerla y leerla.»

Julio Cortázar.

A través de su propia pasión por la lectura, los escritores intuyeron que el lector podía ser no sólo un pasivo receptor, sino un activo co-autor y que la actividad del lector intervenía en su obra dándole quizás un significado distinto que además podía ser tan diverso como puedan ser los lectores.

Ya Fernando de Rojas en un prólogo a la segunda o tercera edición de *La Celestina* hacía referencia a las distintas lecturas que los lectores habían hecho del texto. Invocar a Paul Valéry, cuando se habla del lector, resulta obligado: «Mis poemas tienen el sentido que se les dé», escribió, adelantándose a la escuela crítica de la estética de la recepción que investiga el papel activo del lector en la configuración de la obra literaria.

La educación lectora pasa por la lectura de libros útiles pero se asienta en la lectura de libros inútiles, o sea, de literatura. Comienza en los primeros años y no concluye nunca porque es una educación de la sensibilidad, más allá de la comprensión del texto.

### Desarrollo de la sensibilidad

El lector se forma, aunque no únicamente, en la infancia. En el espacio privado de la familia. Incluso antes de saber leer, a través del placer de la palabra oída, ritmo y rima, de las canciones de cuna, los cuentos breves, las retahílas de la literatura oral que llegan con la cadencia de una voz cercana. Este primer encuentro se produce desde y en la afectividad; desde el espacio de la libertad del acto gratuito, del libro oído. El placer de la lectura recibida al terminar el día, en el que no importa el sentido de las palabras porque lo principal es su sonido. En la complicidad entre el autor, el niño y el lector-narrador adulto se inicia el futuro lector.

Un entorno motivador y padres que lean es cuanto necesita el niño para desarrollar su deseo de leer. Pero, ¿qué ocurre cuando los padres no tienen esa palabra para dar, historias que contar? Cuando el niño no puede adquirir hábitos ni tener modelos de comportamiento porque los padres no leen, entonces viene la escuela, cada vez más pronto, y sobre ella recae, en gran medida, la posibilidad, la responsabilidad también, de formar lectores.

«El desarrollo de la sensibilidad y el cultivo de la inteligencia se adquieren mediante la lectura, vicio saluda-

ble que se contrae en edad temprana», señala certeramente Francisco Ayala. El niño aprende a leer en la escuela pero el lector se forma en la obra literaria. De ahí, la importancia de la literatura infantil en el desarrollo del gusto por la lectura.

La escuela no es ajena a los usos sociales dominantes, en relación al libro y la lectura, al asociarlos con el conocimiento formativo, con el aprendizaje penoso, con el trabajo disciplinado, con la obligatoriedad de estudiar. El ocio, el placer, el descubrimiento de otros conocimientos no reglados, están, parecen estar, fuera de los libros y así se consigue, como constata Pennac, rebajar la lectura al papel de tarea y elevar la televisión a la dignidad de recompensa.<sup>1</sup>

El disfrute estético de la lectura pasa por la obra literaria que se define (Robert Escarpit) por su gratuidad, por no ser un instrumento sino un fin en sí misma que debe proporcionar, tanto al lector como al autor, cierto placer que la haga deseable.<sup>2</sup>

*Obligar a leer*, como hoy se hace en la escuela, nos tememos que mayoritariamente sea una torpeza de incalculable alcance, un eficaz factor de exterminio más potente que una consola de juegos de ordenador. Porque quizás a éstos se dirija un niño no lector (niños en mayor proporción que niñas, ya que parece cierta una femini-

ción de cartilla; su sello hay que empezar a imprimirlo con la primera lección de la escuela primaria.»

Esa educación presidida *por una cualidad* es la que adiestrará al hombre a distinguir de cualidades: armamento el único para vencer al monstruo enemigo, al terrible espantajo de la confusión cuantitativa.

## Signos sin significancia

Los analfabetos disminuyen, como ha dicho Bergamín, de una manera alarmante. Pero acaba de verse que los alfabetizados no saben leer, y han de entregarse en manos, cuando ya presumen de andar solitos por el mundo, de pastores que nutran a sus enormes rebaños con el primer forraje que se les ofrezca. La crisis de la lectura resalta, entonces, en la mayoría de edad de las gentes; pero empieza, y es donde hay que atacarla, en su minoría, en la infancia. Por lo que gracias a mi trato con estudiantes de varios países he podido observar, me parece que el mal viene de haber dejado de tomar la enseñanza de la lectura como un centro de actividad total del espíritu, en cuya práctica se movilizan y adiestran las cualidades de la inteligencia, de la sensibilidad, se enseña a discernir de valores morales y estéticos, en resumen se educa al niño, por todos lados. Y se ha angostado, a la adquisición de un mecanismo para la comprensión elemental del alfabeto, sus signos y sus combinaciones más sencillas. La criatura desdichada se queda en los puros signos, no pasa a los significados. Y, en consecuencia, no sabrá más tarde percibir el sentido de los libros, ni las cosas, porque se le enseñó a leer por los sentidos, pero sin sentido. Nada tiene sentido. Todo son palabras, que parpa-

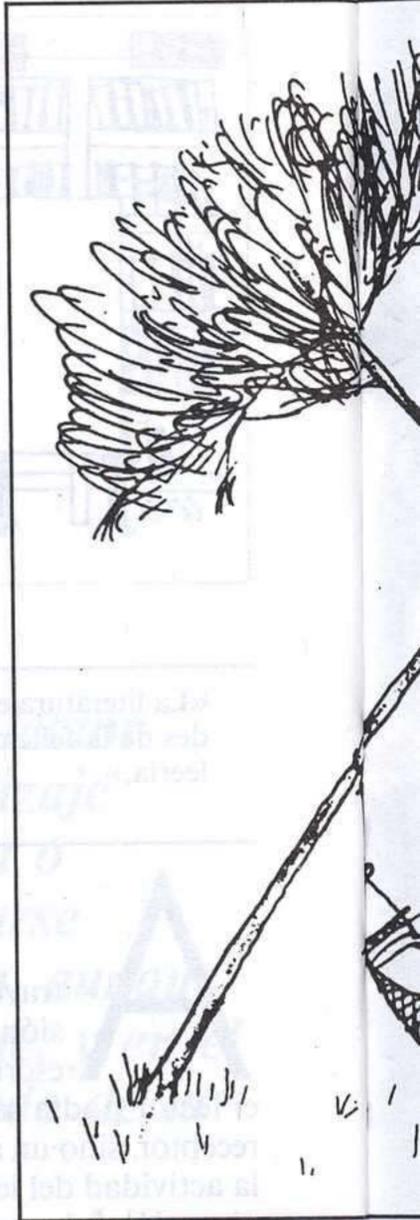
zación de la lectura en todos los niveles de edad), mientras que la instrumentalización de la lectura con fines didácticos elementales alcanza a todos los niños en edad escolar. Y mucho nos tememos que *trabajar* la literatura en clase se convierta en un ejercicio más de aula que, por un lado, puede impedir la formación de lectores cualificados, de buenos lectores, para los que la lectura satisface una necesidad cultural, estética, no utilitaria y, por otro, puede reducirse su práctica al período de escolarización, abandonando la lectura al finalizar éste. Leer hace lectores, no hay duda alguna, pero no todos los libros llevan a otros libros ni desarrollan capacidades de reflexión y disfrute estético.

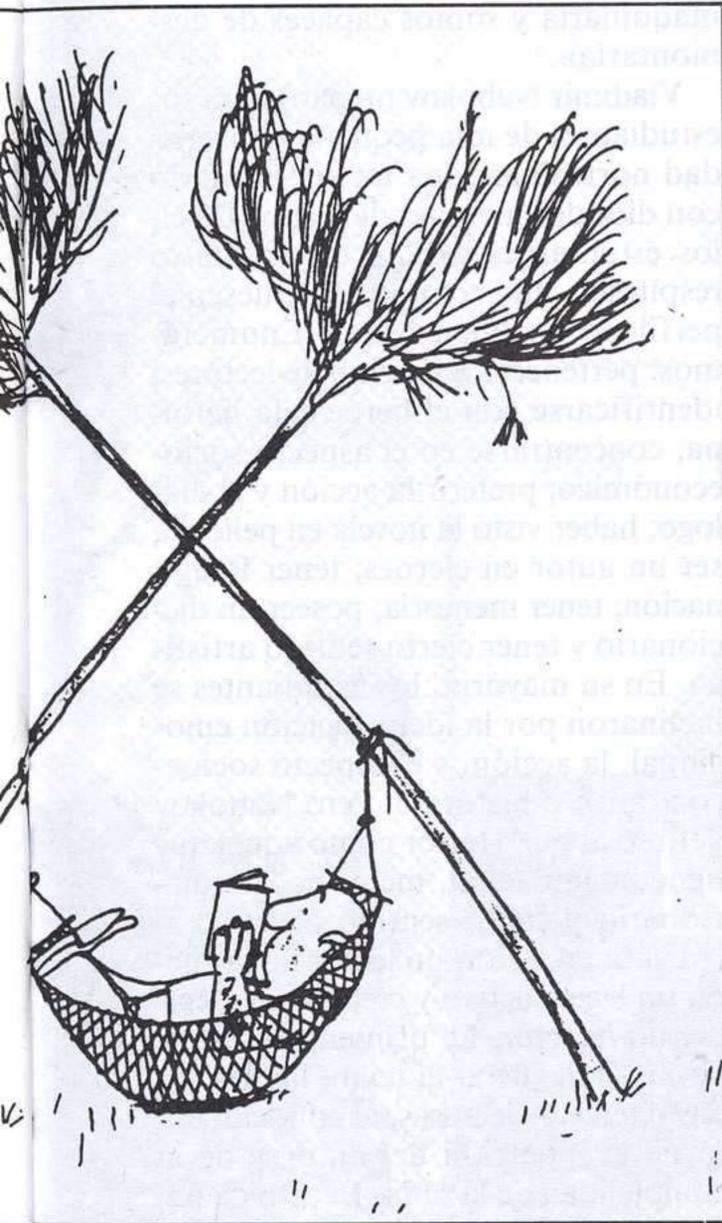
## Aprender a ser lectores

Creo que se produce una curiosa paradoja: la sociedad, me refiero al Estado y a la sociedad civil, quiere y no quiere que la lectura sea un bien compartido, cree y no cree que la lectura siga teniendo su función (muy importante) en una sociedad dominada por lo audiovisual. Recientemente, el filósofo Emilio Lledó, en un encuentro sobre «La sociedad lectora», defendió el poder de la palabra escrita, como expresión de un pensamiento abstracto, como el factor esencial de conocimiento, «son las palabras las que forjan el pensamiento, porque un universo visual no funciona sin el cauce del lenguaje. Las imágenes sólo se entienden con la palabra».

La escolaridad se alarga y alcanza a prácticamente toda la población infantil en nuestro país, la industria editorial produce un número considerable de libros y, sin embargo, se han disparado los indicadores de la crisis de la lectura, sin duda indicadores de una crisis más global de la sociedad. Los índices de tiempo destinado a leer libros van descendiendo. Y esto se acusa, sobre todo, en el grupo de edad de los 20-30 años, que intensifica su

dependencia audiovisual. ¿Cómo interpretar esta regresión cultural experimentada durante la segunda mitad de la década de los 80? El sociólogo Enrique Gil Calvo hace una interesante interpretación de esta situación.<sup>3</sup> Por primera vez, según su análisis, el continuo crecimiento intensivo y extensivo de la actividad cultural, en términos de su mayor democratización, parece haber retrocedido. La caída en picado de los índices de lectura es el síntoma más llamativo de esta regresión cultural. Hasta los años 80, los índices de lectura crecían conforme aumentaban el nivel de escolarización y la renta *per cápita*. Pero Gil Calvo constata que esta tendencia progresiva de la lectura ha dejado de producirse y se ha reducido extraordinariamente el nivel de lectura de los jóvenes, en comparación con las generaciones previas. Si la lectura cae, se debe, a su entender, no tanto a los efectos del síndrome audiovisual, sino a que la lectura está dejando de ejercer las funciones socialmente selectivas que antes ejercía, señalando asimismo la incapacidad de la enseñanza para fomentar los hábitos de lectura. Prácticamente todas las encuestas oficiales sobre lectura se realizan con personas mayores de 18 años, quedando fuera la edad lectora por excelencia. Ahora bien, si los adultos leen poco (la última encuesta del CIRES, abril de 1994, sitúa en un 50 % los es-





CESC, CAVALL FORT, 1982.

pañoles que no leyeron ningún libro durante 1993), el índice de lectura entre los menores de 18 años no sólo parece estancarse, sino que éstos leen peor. Sencillamente: no entienden lo que leen. No han aprendido a ser lectores.

En un estudio sobre la lectura (1990-1991) de la IEA (International Association for the Evaluation of Educational Achievement), en el que participaron unos 210.000 escolares de treinta y un países, los escolares españoles ocuparon el puesto 16º en la lectura de textos narrativos y una mejor posición, el puesto 13º, en la lectura de textos expositivos. Lo alarmante de este estudio es descubrir que los escolares españoles leen peor cuando terminan la EGB, resultando que su capacidad lectora es menor a los 14 años

que a los 10. Así, este estudio evidenciaba que, al final de la EGB, esos mismos escolares retrocedían a los puestos 23º y 24º en lo que a la lectura de textos narrativos y expositivos se refiere. ¿No sería correcto interpretar que nos encontramos ante un *lector débil* que reduce la lectura a una lectura funcional, en relación directa con su aprendizaje escolar, y que no ha accedido a otro tipo de lectura, más compleja, que sería la lectura narrativa que indica un alto nivel de comprensión y de interpretación del texto literario?

Toda la lectura conlleva extraer significados, realizar representaciones y responder preguntas pero, sin duda, es distinta la lectura funcional de la lectura literaria. La lectura funcional discurre siempre en una sola dirección, del emisor al receptor. Por el contrario, la lectura literaria no tiene un significado unívoco. Se produce un camino de doble dirección: su significado reside en la acción recíproca autor-lector. La obra es acabada definitivamente por el lector que reelabora el sentido del texto. Michael Ende evoca en *La historia interminable* que: «Hay muchas puertas para ir a Fantasía y hay todavía más libros mágicos. Todo depende de quién coge uno de esos libros. La historia interminable es distinta para cada uno».

### Degustar el texto

Muchos escritores han valorado el acto de leer por encima del acto de escribir. Borges siempre se sintió más orgulloso de los libros que había leído que de los libros que había escrito. También Roa Bastos ha señalado la transformación que produce la actividad lectora al considerar al lector como: «Alguien que abre un libro, lee y es leído al mismo tiempo por ese texto que se va introduciendo en su espíritu, al tiempo que produce en él extrañas metamorfosis. Nadie lee impunemente un gran libro. Nadie sale

dean, se agitan, llaman y en seguida se apagan, como los que refulgen en el deslumbrante vocabulario sin alma de los anuncios luminosos.

Así se verá a ese niño, inocente víctima de la degeneración de la enseñanza, cuando ya es mayor, tal como se nos ha aparecido desde el comienzo de estas páginas, como el extraviado errabundo entre los libros. Ya sabemos cómo ha acabado; ahora ya podemos saber, también, cómo empieza, y dónde, ese desventurado tipo. Si se halla inerme ante los monstruos es porque la sociedad no le dio las justas armas, a su hora, durante los años de su educación, y éstas con que acude ahora a su precario auxilio son de palo y engañoso sustituto.

No saber andar por entre los libros, ni por entre las cosas, por el mundo, porque no hubo quién le enseñara las letras de tal modo que se apercibiera de que ellas son trantantos del mundo, en general, y que aprendiendo a caminar a derechas por aquel mundo —para los superficiales imaginario— estaba enseñándose a no andar a sinietras por éste, escenario también que Dios le montó en obra de siete días, para que sobre sus tablas se jugara el gran drama de su salvación o su desgracia.

### III. La soledad del lector

En medio de este tumulto y confusión de libros, en el vórtice de tanto desbarajuste, zarandeado de un lado a otro por las alborotadas confusiones, triste y desventurada figura hace el hombre, el lector. Supuesto señor de la baraúnda y, verdaderamente, su víctima. Porque el lector ya no sabe casi de qué serlo ni cómo serlo. Perdido su señorío,



CAVALL FORT.

de él idéntico al que entrara. El lector, extraño a la obra, va reescribiéndola a medida que la lee y haciéndose parte de esa lectura».

El privilegio concedido a la iniciativa del lector y a su libertad de interpretación de la obra debe comenzar con una defensa del sentido literal del texto. El lector ideal será aquel que avanzando en la comprensión de la obra ejerce de explorador del texto, preparándose para su interpretación. En tres ejes articula Umberto Eco la interpretación del sentido del texto.<sup>4</sup> Los dos primeros corresponden a la investigación o búsqueda de la «intención del autor» y de la «intención de la obra», y el tercero, a la «intención del lector». Buscar en el texto lo que el autor quiere decir debe complemen-

tarse con lo que el texto dice, según su propia coherencia interna y sus sistemas de significado, independientemente de la intención del autor. El lector, sin embargo, busca en el texto un nuevo significado según sus propios gustos, deseos, necesidades y... lecturas anteriores. Pero la libertad de la «intención del lector» no puede hacer olvidar la relatividad de todos los juicios de valor. Sabiamente Georges Steiner puntualiza que la arbitrariedad de *todas* las proposiciones estéticas es inherente a la conciencia y al discurso humano.

Frente al temor o al rechazo que pueda provocar la interpretación del texto, quiero recordar aquí una frase de Nabokov: «La belleza de un libro es más asequible si comprendemos su

maquinaria y somos capaces de desmontarla».<sup>5</sup>

Vladimir Nabokov preparó para sus estudiantes de una pequeña Universidad norteamericana un cuestionario con diez definiciones de lector. De él, los estudiantes debían elegir cuatro respuestas que combinadas fuesen el perfil de un buen lector. Enumeramos: pertenecer a un club de lectores; identificarse con el héroe o la heroína; concentrarse en el aspecto socioeconómico; preferir la acción y el diálogo; haber visto la novela en película; ser un autor en ciernes; tener imaginación; tener memoria; poseer un diccionario y tener cierto sentido artístico. En su mayoría, los estudiantes se inclinaron por la identificación emocional, la acción, y el aspecto socioeconómico o histórico. Pero Nabokov definió al buen lector como aquel que tiene imaginación, memoria, un diccionario y cierto sentido artístico.

Un buen lector, un lector de primera, un lector activo y creador, es siempre un *relector*. La primera lectura le llevará a degustar el texto; las segundas o terceras lecturas, al conocimiento de la intención del autor y de la complejidad de la obra. El acto de paladear exige conocimiento, y a éste se llega por sucesivas degustaciones.

Un texto literario debe concebirse de tal modo que comprometa la imaginación del lector (Henry James se refiere a la ilusión de vivir otras vidas como la cualidad decisiva de la prosa narrativa), pues la lectura únicamente se convierte en placer cuando es activa y creadora. ■

\* Felicidad Orquín es editora y crítica literaria.

## Notas

1. Pennac, D.: *Como una novela*, Barcelona: Anagrama, 1993.
2. Escarpit, R.: *Sociología de la literatura*, Buenos Aires: Cía Gral. Fabril Editora, 1962.
3. Gil Calvo, E.: *Futuro incierto*, Barcelona: Anagrama, 1993.
4. Eco, U.: «El extraño caso de la *intentio lectoris*», *Revista de Occidente*, 69, Madrid, 1987.
5. Nabokov, V.: *Curso de literatura europea*, Barcelona: Bruguera, 1983.